

# HEURISTICA Y SENTIDO COMUN

*Manuel Montalvo*  
*Universidad de Granada, España*  
*montalvo@goliat.ugr.es*

## Resumen

Se propone el sentido común como una heurística, que dado su carácter realista y conjetural se compadece con la realidad económica, formada básicamente por hechos referidos a precios y cantidades. El sentido común es contemplado como una serie de creencias, que giran alrededor de dos creencias fundamentales: la existencia de verdad y el principio de causalidad, las cuales conjuntamente fundan una *forma de pensamiento* que encuentra su representación en el lenguaje ordinario. Estrictamente como estrategia de conocimiento, el sentido común carece de cualquier compromiso con criterios justificacionistas: las creencias que lo forman no son *verdaderas*, tampoco *falsas*, porque están en un orden heurístico. El fin perseguido es conocer razonablemente con la mayor amplitud posible, integrando la complejidad y ambigüedad en el marco de la vaguedad significativa que se encuentra en el lenguaje.

**Palabras Claves:** heurística; sentido común; creencias; verdad; causalidad; lenguaje común; vaguedad.

## I. Introducción

Llama a sorpresa que el conocimiento económico tan próximo a la necesidad y urgencia de lo más inmediato, que es vivir y vivir todos los días en un medio social caracterizado por la hosquedad de las condiciones, se halle tan alejado de una realidad hecha de precios, cosas y deseos, realidad requerida de una clase de conocimiento que haga de la economía o cultura económica el estudio de las cosas deseadas por las que se pagan precios.

Estas tres palabras, deseos, cosas y precios, son azas simples y poseen un significado claro, transparente, a través de ellas puede verse el hombre, ¿qué es el hombre sino un nudo de deseos?, la sociedad, ¿qué son los precios sino el juego de relaciones sociales establecidas en el mercado?, y la riqueza, también claramente se distingue la riqueza como la suma de cosas que hacen posible la vida o mejor sobrevivir. Ahora bien, enseguida que los deseos, precios y cosas se han trocado en las imágenes del hombre, la riqueza y la sociedad, aquella transparencia se empaña por el vaho de la complejidad y el conocimiento económico se torna necesariamente complejo, de costosa aprehensión.

Constando las dificultades, parece lo más apropiado elegir una heurística que ayude a disipar la complejidad en la medida en que sea posible. Esto es lo razonable,

mucho menos lo es tomar una heurística que aumente las dificultades de lograr conocimiento, que se pierda en el nihilismo o la irrelevancia, aunque siempre se haya de tener presente que la irrelevancia puede ser querida y consentida en cuanto es una manifestación ideológica. Olvidar la función de la ideología es un olvido culpable sobre el que no cabe la atenuante de nesciencia. La ideología está para cubrir con el manto de la intrascendencia lo que en esencia es trascendente. Ese es su papel en el conocimiento, hacerlo farragoso, vano: una invitación a preguntar ¿para qué, para qué sirve el conocimiento? Una pregunta engañosa, porque la pregunta debiera de ser: ¿A quién, a quién sirve la ideología? Si esta fuera la cuestión es evidente que sobra abundar sobre la respuesta en una sociedad tramada a través de una red de relaciones contenidas en intereses antagónicos.

Como lo que aquí se pretende es seguir una senda razonable, una heurística esclarecedora de la complejidad inherente al conocimiento económico, los intentos de descubrimiento de qué sucede, cómo y por qué sucede en la realidad formada por deseos, precios y cosas será la del sentido común, que permite a la vez ir desbrozando la complejidad y apartando, en lo que se pueda, rémoras de banalidades y sinsentidos. Y se ha dicho bien, en la medida en que se pueda, pues el sentido común por esencia no es la panacea universal para lograr el conocimiento, no es ni siquiera una panacea; de serlo, habría dejado de ser sentido común.

¿Y qué es el sentido común? No es fácil responder de manera taxativa porque no es ni puede ser un concepto riguroso. Establecer límites, tratar de definirlo con precisión es errar o ir en contra de lo que se trata de definir. La idea de sentido común tiene que moverse amplia y libremente en lo difuso, en lo ambiguo, precisamente para decir lo que se quiere decir de los sucedidos y de las cosas. Luego, el sentido común es una forma razonable, juiciosa de decir y entender lo que ocurre y nos ocurre, siempre dentro de la mayor provisionalidad, siempre tratando de abarcar la cambiante circunstancialidad sobre la que se sitúa el pensamiento [Popper, p.65 y pp.103-104].<sup>1</sup>

Dada la alterabilidad de lo que *es* y *está*, de las graves dificultades que encierra acercarse a desvelar lo que se presenta con la faz de la duda y la incertidumbre, es consecuente que el sentido común se componga sobre un conjunto de creencias sin ningún compromiso con la verdad o la falsedad. Ciertamente lo que se cree puede ser falso, pero esto es después de haberse creído, y después ya no tiene importancia o tiene la que se le confiera al pasado. En tanto, el sentido común se hace de creencias como son las de verdad y causalidad. Se cree en la verdad o en la existencia de la verdad como se cree que en el suceder de los actos y de las cosas hay un lazo necesario de ocurrencia. Sabemos, porque lo sabemos, que convertidas *verdad* y *causalidad* en proposiciones, estas no son verdaderas; pero en poco perjudican que

sean verdaderas *verdad* y *causalidad* en cuanto son tomadas como creencias, porque las creencias no están comprometidas con criterio alguno de certeza. Lo que a su vez es una prueba de sentido común, del sentido con que pensamos y hablamos. ¿Podríamos pensar y hablar lo que pensamos sin los asientos de la existencia de la verdad y de la causalidad? No, no sería posible. Pensamos y hablamos fundándonos en la verdad y bajo el principio de causalidad que da sentido al pensamiento y al lenguaje.

Aunque el sentido común se ha utilizado como arma defensiva contra los dislates platónicos y metafísicos, descontando que es un artilugio bastante eficaz contra la *filosofía etérea*, hay que encontrarle función menos beligerante que las contundentes y rotundas ballestas y catapultas de pensamiento como fueron primeramente las de Reid [1983]<sup>2</sup> y posteriormente las de Moore [p.18].<sup>3</sup> El sentido común debe entenderse como una estrategia de conocimiento. Comprendido en esta finalidad resulta de menor cuantía que se encuentre entre dos aguas: ya cerca del empirismo y el pragmatismo, ya cerca del relativismo. Criticar que el sentido común participa de empirismo, pragmatismo y relativismo no es precisamente consistente, puesto que como estrategia de conocimiento debe construirse sobre estos materiales, los cuales no son precisamente baladías a la hora de conocer.

## II. La urdimbre del sentido común

La cultura económica desde la visión del sentido común se conforma como un conjunto de creencias vertebradas sobre tres fundamentales: primero, la verdad existe y es consistente consigo misma; segundo, cada causa es seguida de un efecto, y tercero, a cada efecto le corresponde una sola causa. Atendiendo a la virtud de lo escueto, las tres creencias se resumen en dos: la existencia de la verdad y el principio de causalidad. Así establecida la verdad y de este tenor sentado el principio de causalidad, son artilugios para pensar, como para ascender por una escarpada ladera también lo son la cuerda y los clavos. No son más o son mucho menos que estos útiles, porque ni la cuerda ni los clavos son conjeturables, en contraste con la verdad y causalidad. Ciertamente son conjeturas; y es más, necesarias e imprescindibles conjeturas para pensar la realidad. De no tener verdad y causalidad una naturaleza vacilante, la realidad en tanto hechos surgentes y desconocidos sería impensable. Esto no es preciso que se diga, está presente en el orden del *pensar con sentido común*, que se sigue del establecimiento de la *verdad* por encima de cualquier contingencia y de sentar las causas que anteceden a lo que sucede o no sucede. ¿Cómo pensar en lo que existe sin establecer que existe y previamente ha existido para que exista? En lo que importa la causalidad es un modo de pensar, de hacer pensamiento: una especie de argamasa que une las ideas en forma de una relación

entre causante y consecuente. Bajo la férula que previene de la existencia de una causa contemplado un efecto, el pensamiento se desarrolla en la orientación deseada y obediente a un principio epistemológico común a todos los ámbitos de la cultura y singularizado en la ciencia, donde la causalidad se compromete con los criterios de verdad o falsedad. La fórmula *Si A, luego B*, es una explicación sobre el hecho A causante del hecho B.

Independientemente de la certeza o falsedad de la relación, es preciso destacar que en la ciencia el principio heurístico de la causalidad dirige a la complejidad y la confusión: pueden existir desde numerosas causas incidentes en la producción de un hecho hasta ninguna causa. Hasta la más simple operación, como pueda ser encender un fósforo o de prender la mecha de un cohete, encierra una gran complejidad explicativa al intentar llevarse a cabo a través de la causalidad. El que se consiga o no que prenda la llama en un fósforo o el estallido del cohete será fruto de muchas causas: presión atmosférica, grado de humedad, viento, materiales con que están realizados el fósforo o el cohete, grado de humedad de cada uno de los materiales, grado de conservación... ¿Cómo establecer que el hecho A sea causa de B? Tantas y tan numerosas causas sugieren que el mero encendido de un fósforo después de pasado por el rascador de la cajetilla sea un hecho milagroso.

De un extremo se pasa a otro, de numerosas causas se puede llegar a ninguna: de la presentación de un hecho no se sigue que tenga que existir una causa, como viene a confirmar la física moderna. Con lo que se viene a concluir que el principio de causalidad no es garante de que el conocimiento científico se realice siguiendo su senda. Las teorías de la causalidad fundadas en el principio se debaten en unas controversias que no auspician ninguna solvencia. No obstante, quizá el determinismo que se decanta del principio de causalidad mereciera conservarse, pero solo quizá [Bunge, 1977].<sup>4</sup>

Distinto es analizar la causalidad a la luz del sentido común, dentro del lenguaje ordinario y absolutamente ajena a los rigores científicos. Aquí, bajo la guía del sentido común y en la amplitud del lenguaje, la causalidad se hace fundamento y extensión de lo que se piensa, se quiere decir y se dice con la exactitud permitida por una colección de términos no conclusiva en la estrechez significativa de la relación causa-efecto. La exactitud significativa se extiende por palabras como *ocasión, término, motivo, razón, principio, porqué...*, y de verbos “causantes” de una enorme variedad: *hacer, producir, obrar, originar, ocasionar, determinar, engendrar, acarrear, generar...* La abundante copia de términos facilita que la causalidad se desarrolle a través del lenguaje con una generosidad significativa coadyuvante de la mejora del conocimiento.

Cuando la causalidad se proyecta sobre el conocimiento económico, aquella riqueza de vocabulario se transforma en un valioso artífice de la cultura económica. Es posible precisar la relación entre dos hechos económicos sin ningún compromiso excluyente. Se podrá graduar con cada verbo la relación existente, sin ningún compromiso de limitación. Se podrán utilizar verbos como *causar, producir, determinar, originar, ocasionar...*, ofreciendo cada uno de ellos la precisión significativa que se le quiera conferir a la relación causal: es claro que no tiene el mismo significado *acarrear* que *ocasionar* y este que *determinar*, cada uno de los verbos incorpora un significado distinto en el argumento causal que se desarrolle.

Con relación al pensamiento económico, el principio de causalidad presenta un perfil que hace diferente su aplicación de la que se realiza en la ciencia.<sup>5</sup> Aquí la fórmula *Si A, luego B* se contiene exclusivamente en el campo explicativo. El origen de los hechos y la responsabilidad de sus consecuencias están al margen de la explicación perseguida. No sucede igual en los hechos económicos: son consecuencia de las decisiones de los individuos y suya es la responsabilidad del acaecimiento de esos hechos. La decisión de invertir tiene detrás unos motivos imputables y unas consecuencias que se reflejan en otros hechos, por ejemplo, en la renta, y trascienden a otros individuos [Simon, pp.517-528].<sup>6</sup>

Retomando verdad y principio de causalidad como creencias de sentido común, se comportan como las jácenas de la cultura económica. Estas vigas maestras se parecen a las reales en cuanto a nadie se le ocurre preguntar por su existencia: -¿Sabe usted si el edificio tiene jácenas? Sería un disparate, no menor que creer que las vigas y los pilares de una construcción *duran toda la vida*. Se sabe que duran lo que duran. Es suficiente.

En posesión de estos baluartes hagamos cultura económica aventurando la siguiente proposición:

*El aumento de dinero en circulación provoca encarecimientos en los precios.*

Al cabo de cierto espacio de reflexión se concluye pensando: parece que es así, es así, y se certifica con *Es verdad*. Evitando descender a validar la creencia con el argumento que subyace debajo de la relación causal existente entre el dinero y los precios.

La sencillez y universalidad de la proposición coadyuvan a que la creencia sea tomada como verdadera sin necesidad de aportar criterio alguno de validación. Incluso, si en lugar de haber aceptado la proposición con *Es verdad*, se hubiera opuesto: *No*

*necesariamente* o *No siempre*, en poco o nada se habría empañado la verdad de la creencia *El aumento de dinero en circulación provoca encarecimientos en los precios*. Ahora bien, si se le añade alguna clase de particularidad espacial, temporal o una especificación sobre el dinero o los precios, la proposición resultante de la particularidad o especificación traídas ya no gozaría del atributo de verdadera, con independencia de que pudiera serlo.

Quepa otra proposición:

*El dinero es como el estiércol, no vale si no se esparce.*

Es un aserto procedente del mercantilista Barbon, quien para enfatizar la relación causal existente entre el dinero y la riqueza se sirve de la metáfora *dinero = estiércol*. Es un lugar común en las labores agrícolas que, si el estiércol no se extiende sobre la tierra, carece de propiedades productivas. En el mismo entendimiento es tomado el dinero: ejerce una acción creadora de riqueza en la medida en que se expande sobre la *superficie* económica. La equivalencia introducida por la metáfora forma una creencia en la que concurren de nuevo sencillez y universalidad para contribuir a dotarle de un carácter verdadero. Se cree verdaderamente que la abundancia de dinero corre pareja con el florecimiento de la riqueza; y a la inversa, las penurias son fruto de la escasez de dinero. No vale alegar *No siempre* o *No necesariamente*, el sentido común que avala la creencia hace irrelevante la excepción y la duda.

Aun puede haber una muestra más:

*Con los que unos gastan demasiado, otros comen lo necesario.*

La afirmación de Martínez de Mata puede que no fuera más que un refrán o un dicho popular, siendo en ambos casos una creencia de sentido común aceptada plenamente como verdad. Nadie puede negar que sin el *exceso de unos* no podría haber lo *necesario para otros*.<sup>7</sup> *Los unos*, que gastan, hacen posible que *los otros* reciban en forma de renta o ingreso el montante de ese gasto. Obviamente es verdad, y tirando del hilo se saca una hipótesis: los efectos multiplicadores del gasto sobre la renta [Montalvo, p.76 y ss.],<sup>8</sup> pero no es hasta aquí donde se quiere llegar, donde los términos son más sofisticados y se hayan comprometidos con el cuerpo de una teoría. Más bien se trata de mostrar que las creencias de sentido común son juiciosas y se encuadran en el ámbito de la epistemología como formas de conocimiento.

Aunque no puede considerarse que el sentido común haya sido una heurística frecuentemente empleada en el espectro económico [Comin, 1999],<sup>9</sup> también es cierto

que en ocasiones se ha convertido en un valioso instrumento para combatir elucubraciones sin ninguna clase de apoyatura de los hechos. Es el caso de Malthus, quien no cesó de convertir sus *Principios* en un ejercicio de sentido común contra Ricardo y sus abstractas demostraciones de equilibrio en el lejano, seguramente inexistente, futuro. En palabras de Keynes, los *Principios* de Malthus eran una *especie de evangelio sobre la realidad económica*.

### III. Lenguaje y sentido común

Para hablar de dinero, precios, renta, consumo o ahorro, establecer relaciones y derivar argumentos no se requiere de un sofisticado lenguaje filosófico o de unos cuidados recursos matemáticos. Se puede hablar así sin más y usar las palabras sin grandes reparos. Al decir *consumo* o *ahorro* no se siente nada en especial: ni el consumo incita a gozar una sensación placentera, ni al decir ahorro se sufre privación alguna. Tampoco es causa de mucha mención que intentemos comprender el significado de esos términos y sus posibles relaciones, pues no son entidades fenomenológicas, cuyo entendimiento nos lleve a influir en su comportamiento. Son palabras y relaciones entre palabras, no estados mentales. El uso de las palabras en repetidas y distintas ocasiones permite acercarse a su empleo correcto. Evidentemente, acercarse no es llegar, más bien podría ser no llegar nunca. Llegar queda fuera de la llegada. La búsqueda de la precisión en las palabras dichas y en las relaciones que se establecen entre ellas es como una carrera en la que se miente, y se sabe de la mentira, que la meta exista. A quién se le oculta que una gramática exacta y un diccionario sin ambigüedades serían unos instrumentos valiosísimos, pero ¿serían un diccionario y una gramática? Por imposibles no lo son. Los diccionarios han de ser necesariamente ambiguos, muy amplios en sus acepciones; las gramáticas, elásticas, con reglas abiertas e interpretables. Solo así cumplen la función de que se hable como parece que dicen que se hable.

Este hablar llano, de abiertos espectros significativos, se muestra refractario a la operación de definir. Cuesta introducir una definición en el hilo del argumento que se pretende desarrollar sin apreciar una cierta artificialidad: es como una prótesis con la que se fuerza el decir llano. Cuando la definición se sitúa al principio, encabezando la explicación que sigue, normalmente, y al poco de seguirse el desarrollo, se olvida aquel comienzo; y si se vuelve atrás, resulta la definición apenas comprensible o demasiada estrecha para abarcar lo que se viene diciendo.

A una definición se le requiere claridad, exactitud y precisión, cualidades de muy difícil hallazgo en las palabras, que de hecho y por la naturaleza del lenguaje son todo lo contrario. Al elaborar una definición se pretende que cumpla los cánones de rigor

establecidos y se eligen las palabras que mejor cuadren a lo pretendido. La selección es dificultosa: ninguna de las palabras elegidas será lo suficiente clara, exacta y precisa para acotar el concepto deseado. El significado se escapa como si fuera agua entre los dedos de las manos. Ante esta dificultad lo que se hace es adaptar las definiciones a los intereses de lo que se quiere decir. Una misma materia puede suscitar tan “rico y variopinto decir” como diferenciados sean los intereses que se tengan.

Este es un hecho común en la cultura económica, su presencia se manifiesta en términos tan relevantes como son los de *consumo*, *inversión* y *ahorro*. Al intentar, por ejemplo, definir el *consumo* se tropezará de inmediato con las dificultades: ¿qué bienes han de contemplarse, qué grado de heterogeneidad se fija, cuál será la unidad de medida? El grado de dificultad que encierran estas cuestiones lleva a admitir la complejidad incurra al definir *algo tan simple* como el consumo. Quien no lo crea, pruebe a hacerlo; o, si lo prefiere, puede hacerse eco de los quebraderos de cabeza sufridos por Keynes al redactar la *Teoría General* [Keynes, p.37].<sup>10</sup>

Sin prejuizar que exista alguna connotación entre Keynes y Wittgenstein, de haberla, sería bastante espuria [Skidelsky, p.266],<sup>11</sup> lo cierto es que este último también participó de estas inconveniencias al intentar aplicar *conceptos exactos de medida a la experiencia* [Wittgenstein, 1975, p.263].<sup>12</sup> El resultado obtenido del intento no podría ser más que contrastar la vaguedad inherente a los conceptos. Por otro lado, vaguedad no disipable a través de un posterior y potencial aumento del conocimiento.

Un recurso profusamente utilizado en la definición de los términos económicos ha sido el matemático, y habría sido de mucho menor uso de haberse deparado que la imprecisión y falta de claridad de los términos económicos no pueden subsumirse dentro de un símbolo o ser eliminadas mediante alguna clase de operación cuantificadora, implicante de la concreción de unas unidades de medida que no encajan con la amplitud de conceptos tales como *producción*, *precios* o *capital*.

En el poco aprecio que se debe tener a la ingenuidad, es de decir que en el tratamiento matemático de los conceptos económicos se halla algo más que sortear las dificultades lógicas: reside el intento de erigir una “ciencia cuantitativa”. Y no es que no sea loable el propósito si se les desprendiera de la preeminencia ideológica, simplemente es inviable desde el punto que la aparente más simple operación como es la de construir agregados económicos tan básicos como la misma *producción social* se torne bastante compleja debido a que son de muy dudosa medida [Keynes, p.38].<sup>13</sup> Como es palmario, tampoco es consistente hacer comparaciones entre unas producciones y otras, excepto que el propósito sea resolver problemas creando nuevos problemas.



Todo esto puede resultar chocante con el uso y abuso que se hace de los términos económicos y de sus comparaciones. Uso, no abuso, que en absoluto sugiere el rechazo de términos y comparaciones. Más bien el uso está concernido a no atenerse a reglas muy estrictas, so capa de darle al pensamiento económico un prurito de cientificidad. Dentro de la mayor flexibilidad se pueden desarrollar análisis cuantitativos, comparar y derivar consecuencias exentas de las levas del cientifismo. A la hora de desarrollar un argumento, siempre se debe de tener presente que es preferible no partir de premisas y definiciones estrictas, ni pretender cerrar el arco significativo. De actuar con rigidez y espíritu limitativo se desencadena unas prolijidades y complicaciones excluyentes de la posibilidad de realizar la afirmación más simple. Al contrario, cuando el argumento se desliza sobre premisas y definiciones menos precisas se crea un campo interpretativo rico y sugerente, capaz de dar cierta luz en la oscura complejidad de los hechos económicos.

No es esta una opinión heterodoxa. Muy al revés, tuvo y tiene un gran predicamento [Kaldor, pp.8-9]<sup>14</sup> entre los que pretenden hacer de los razonamientos económicos algo más que la estricta formalidad encubridora de la ausencia de sustancia.

#### **IV. As a Result of not Thinking in English**

No es descubrir un nuevo continente pensar que muchos errores cometidos en el pensamiento económico son fruto de no pensar en el lenguaje con que se piensa. Es decir, no se piensa en el lenguaje propio y con el propio lenguaje. Esto es lo que advierte Marshall cuando encuentra que las equivocaciones son el resultado de *not thinking in English*. La dificultad estriba en que no es tan fácil pensar en el propio lenguaje, aunque realmente la dificultad se atenúa bastante enseguida que se diga lo que haya de decirse para que sea entendido.

El obstáculo se encuentra en que no es sencillo “decir para que se entienda lo dicho”, solo sean términos tales como *inversión* y *ahorro*: *Hablamos justamente de inversión realizada, por ejemplo, en una casa o en una máquina o un stock de bienes terminados o no terminados... Cualquiera está de acuerdo en que el ahorro significa un exceso de ingreso sobre lo gastado en consumo. Ciertamente sería muy inconveniente y equívoco que no significara esto* [Keynes, pp.74-75].<sup>15</sup> Y eso es lo que significan porque así fue acuñado en el lenguaje ordinario, en el que se encuentra también la igualdad entre inversión y ahorro o, si se quiere, la necesidad de que coincidan, *porque después de todo está en plena armonía con el sentido común y con el uso mundano* [Keynes, p.427].<sup>16</sup>

*Beneficios, costes e ingresos* son otros términos que no requieren de mayor discreción en su empleo porque su significado no se aparta del que “está en el lenguaje”; sin

embargo, al ser utilizados “más técnicamente” el significado se oscurece e, incluso, llega a perderse, induciendo a colegir que la atribución a los términos económicos de significados especiales, distintos de los ordinarios, perjudica a sus sentidos correctos. Claro, en el punto de ensayarse una teoría sobre un determinado fenómeno es engorroso concretar los términos, tanto como pueda ser explicar el significado de la palabra “silla” en una pelea o en una sala de espera y, por ello, se recurre a un conjunto de símbolos y relaciones simbólicas para ganar en sencillez lo que se pierde en complejidad; aparentemente el cambio parece sensato, pero no lo es: la pérdida de complejidad equivale a una disminución de poder explicativo. La complejidad no se puede reducir, es la que es. Pretender contenerla en una ecuación es tan poco acordado como meter las aguas del mar en el hoyo agustiniano. La relación entre los precios y la cantidad de dinero es fácilmente expresable por la conocida fórmula cuantitativa:  $MV = PY$ , donde  $M$  es la cantidad de dinero,  $V$ , su velocidad;  $P$ , el nivel de precios, e  $Y$ , la renta. La sencillez de la expresión es un velo con el que se oculta la complejidad de la relación existente entre la cantidad de dinero y los precios. Viene a coadyuvar a la sencillez el que la fórmula se lea de izquierda a derecha. Si se hiciera al revés ni decir tiene que surgiría nítidamente el fenómeno complejo que encierra. Decía Joan Robinson con ironía que la fórmula cuantitativa debía de leerse de derecha a izquierda para contrastar su validez empírica. En fin, se lea como se leyere, su complejidad no es reducible a una ecuación.

Proyectando la visión del sentido común sobre los hechos económicos se deduce que el conocimiento de lo que pasa en el mercado se funda en creencias y convenciones. Por esto, la economía no es ni será jamás una ciencia al modo que son las ciencias físicas, porque se quiera o no, las cosas son cosas, la manzana de Newton, manzana; los grávidos de Galileo, grávidos, y las manzanas y los pesos ni sienten las caídas ni tampoco las consienten. En cambio, la materia económica es “sufriente”, voluble, impredecible e incierta, está hecha de motivos, expectativas, incertidumbres e inseguridades. Es normal la ausencia de certeza y la tendencia al error.

Malos materiales son para someterlos a la formalidad [Hicks, p.73]<sup>17</sup> de unos moldes. ¿En qué clase de símbolos o relaciones caben los motivos, en cuáles las dudas? Para los motivos los moldes ya serán grandes, ya pequeños, estrechos o anchos; todos inservibles. Con el fin de contener, si contener es el verbo apropiado, tan inestables materiales es preciso recurrir al lenguaje: los motivos pueden decirse sin compromiso de exactitud, las expectativas acentuarse con la tilde de los riesgos, la incertidumbre valorarse de modo subjuntivo.

Dado que los motivos o las expectativas pueden ser los más variados es posible matizarlos y graduarlos, en ausencia de una inútil escala, utilizando modelos o ejemplos

que los reflejen sin necesidad de cumplir ningún deber de estricta fidelidad. Es suficiente que el modelo sea significativo en sentido amplio. Este proceder no se diferencia del empleo de ejemplos en el habla común, con los que se trata de persuadir a alguien de algún extremo. Se dice “por ejemplo” y seguidamente se extiende el ejemplo, que queda como un referente de lo que se quiere exponer sin más. Pretender ir más allá, generalizar es un craso error: un ejemplo jamás es un caso general. En este sentido, los modelos o ejemplos económicos son semejantes a los juegos de lenguaje, actúan *como objetos de comparación... y no como prejuicio al que la realidad tiene que corresponder* [Wittgenstein, 1988, p.130-1].<sup>18</sup>

## V. Lenguaje y vaguedad

Al margen de cualquier anhelo de ortodoxia y sin el menor ánimo de abundar en terreno tan poco fecundo para cosechar juicios severos como este de las palabras, se ha dicho que el lenguaje “está bien como está”, tiene un orden, su propio orden, y una lógica, su propia lógica, suficientes para *decir y entender* lo mucho que caben en ambos verbos, ampliamente compatibles con la ambigüedad, vaguedad y aperturas de nuevos espacios significativos e incompatibles con el caos, la trasgresión y el abuso en el empleo de términos que propenden a crear una anarquía de significados: no se habla ni se comprende como pretendidamente debiera haberse querido hablar para que se entendiera en un recto sentido.

El lenguaje puede tenerse como un enorme mar de juegos de lenguaje, con muy numerosas palabras acarreado significados que varían según el juego. Conforme los juegos se multipliquen se multiplicarán los significados, sin más límites que los marcados por la comprensión. Si una palabra deja de entenderse en un juego determinado, ahí residirá el límite. Este sencillo proceder hace inútil, de poder realizarse, el establecimiento de reglas. Las reglas, como las palabras, flotan en los juegos sin más fijación que la comprensiva, que a su vez es la de sentido común.

Nada más y nada menos que sentido común, una benévola exigencia y una severa indulgencia. El sentido común no es un apremiante decálogo de normas de cumplimiento inexcusable. De tener un carácter normativo, vendría a ser una única norma: la de la comprensión, que viene a revertir en una cierta y escrupulosa liberalidad: no es tarea liviana “decir comprensivamente”.

Las anteriores glosas pudieran inducir a creer que el desarrollo de argumentos económicos consistentes y económicamente significativos es una tarea fácil, cuando efectivamente es todo lo contrario. A título meramente ilustrativo, tómesese la conocida proposición de Okun: *Cuando el producto interior bruto aumenta un 2% sobre el*

*potencial, el paro se reduce un 1%. Desarrollar la explicación llevaría primeramente a definir qué se entiende como *producto interior bruto* y posteriormente a indagar si afectan por igual los distintos componentes del *producto interior bruto* sobre el paro, para seguir concretando qué se entiende por *paro*, las clases de paro, las relaciones entre ellas y de cada clase de paro con el *producto interior bruto* en su conjunto y de manera pomenorizada con ítems que lo integran...*<sup>19</sup>

Cuentan también como complicaciones inherentes a la construcción de los argumentos económicos el uso impropio de los recursos del lenguaje, tales como el empleo abusivo de metáforas y sinónimos, los eufemismos<sup>20</sup> y los encubrimientos de la significación económica de los hechos bajo el velo de las formulaciones estadísticas. Empezando por este último, es corriente encontrar a qué hechos sin relevancia económica se les otorga una relevancia estadística que oculta la verdadera significación de los primeros. Es el caso de los estudios de sobre el salario mínimo de [Krueger y Card, 1993],<sup>21</sup> quienes mostraron, en contra de lo que se decía, que un aumento del salario mínimo causa menos paro, no más; pero lo que se trata de valorar no son las regresiones estadísticas, sino si es económicamente significativa la reducción del paro, porque puede que no lo sea en absoluto [McCloskey and Ziliak, 1996, pp.97-114].<sup>22</sup>

En otro orden de cosas, es normal que los argumentos económicos vengan sesgados por el subjetivismo, pero este sesgo lejos de considerarse negativo en virtud de una pretendida objetividad, que de hecho es imposible, debe tomarse como positivo: con la diversidad se amplía el espectro del conocimiento, se hace conocimiento en la ambigüedad, en la complejidad, en lo que no está determinado por la leva de las imposiciones absolutas. Sin embargo, pesa sobre el subjetivismo el “pecado del platonismo”, una especie de abyección hacia el pensamiento individual, hacia interpretaciones subjetivas formadas a la sombra de los absolutos, que no son sino eso.

Fruto del “miedo platónico” al subjetivismo, a la vaguedad que surge de la profusión de juicios, han sido los ensayos para medir esa vaguedad, de contenerla en unas unidades métricas; propósito que no pasó de ser una inquisición positivista y una fuente de errores. Suponiendo que la vaguedad pudiese reducirse a una escala métrica, ¿tiene sentido decir que es de tres o de tres con cincuenta y cinco? Sería tanto como pensar en la existencia de un lenguaje, el lenguaje es vaguedad, que pudiese ser contenido en la cinta métrica de un sastre. Aquí el fenómeno, aquí la cinta métrica.

Solo de pasada es de citar los intentos de Black [pp.427-455]<sup>23</sup> de medir la vaguedad y los de Hempel [pp.163-180],<sup>24</sup> quien partiendo del error cometido por Black en dicha medición [Hempel, pp.163-180]<sup>25</sup> viene a reconocer las dificultades de su eliminación en los lenguajes interpretables. A diferencia de los lenguajes formalizados,

que carecen de términos vagos. Con lo que se venía a concluir que la presencia de vaguedad en el lenguaje común inhabilita a este para ser vehículo de las formulaciones científicas.

Tomada esta presunción como premisa de toda indagación acerca del conocimiento, es consecuente que se tendiera a la creación de conceptos transparentes, sin mácula de vaguedad, algo que invita a figurarse los conceptos como hileras de jarrones de cristal vacíos y transparentes, extendidos sobre estantes de cristal también transparentes.

Para conseguir conceptos de esa naturaleza, limpios de las impurezas de la vaguedad, se empleó el *operacionalismo*, procedimiento que consiste en considerar el *concepto no más que un conjunto de operaciones* [Brigman, p.5].<sup>26</sup> Por lo que el significado del concepto se hace descansar sobre la posibilidad de que existan unos valores susceptibles de ser medidos. De carecer de la posibilidad de medición, los conceptos no tendrían significado. La *longitud* es un concepto vacío de significado si no se le rellena de las operaciones que permitan determinarla. Vale una vara para medir la longitud, como vale un termómetro para medir la *temperatura*.

Es lamentable que las cosas no sean como el *operacionalismo* hubiera deseado. Poniendo algún reparo en lo que se propone, se observarán inconvenientes que no son fáciles de solventar: al hacer de los conceptos sinónimos de conjunto de operaciones, y como estas están referidas a situaciones concretas, los conceptos pierden generalidad y amplitud, quedan referidos a una sucesión de particularidades concretas que se terminan perdiendo en la nimiedad.

Fallo este que debió de considerarse de menor importancia a tenor del predicamento que el operacionalismo ha tenido y tiene para el conocimiento económico: lo fundamental es medir, la medida de los conceptos económicos, que se ven aprisionados en un montante y en una variación porcentual, sin que merezca mayor atención cuál sea el concepto medido y sus características de complejidad y heterogeneidad.

En abundamiento de lo que se dice, téngase *el producto interior bruto* (PIB), que curiosamente es tomado como un paliativo radical a la vaguedad encerrada en la realización de aseveraciones acerca de la producción social y su desarrollo. Y no se depara en que es un concepto complejo y no homogéneo; por tanto, de impropia medida [Keynes, pp.417-418].<sup>27</sup>

En el fondo de la crítica a la medición de los conceptos económicos subyace el hecho de la vaguedad: son conceptos vagos y, por imposibilidad, la vaguedad no puede expresarse cuantitativamente. Es evidente que así es, como no menos evidente, también

es el caso omiso que se le hace a tal imposibilidad: *el producto interior bruto* se considera un término simple y homogéneo, cuya medida representa con fidelidad la producción social en un período de tiempo y sus tasas de variación, la tendencia. O sea, una proyección sobre la que pesa la incertidumbre.

Se afirma que el *producto interior bruto* de una economía es de tantos o cuanto millones de unidades monetarias y su tasa de crecimiento un concreto tanto por ciento, y es suficiente para derivar nuevos conceptos sin más significado que el representado en una escueta cifra.

Tomemos tres conceptos: *recesión*, *derrumbe* y *depresión*, los cuales serían definidos por las variaciones registradas en el *producto interior bruto* (PIB):

*Recesión*: cuando se registra una variación continuada, dos o más períodos, de menos de un 1,5% de crecimiento del PIB.

*Derrumbe*: se da una disminución del PIB de al menos un 10% respecto del período anterior.

*Depresión*: la disminución del PIB es superior al 10% en relación con el pasado período.

En este punto, aunque pudiera parecer falta de respeto “científico”, y como mero excuso aclaratorio, supóngase que la economía fuese un individuo enfermo al que se le estuviese midiendo el estado de salud con un “termómetro económico” llamado PIB, que fuera el resultado de la agregación de varios “síntomas” de enfermedad: dolor, sudoración, fiebre, escalofríos, vómitos, taquicardias, etc. Cuando el termómetro económico” marcara 1,5%, entre 1,5% y 10% y más de 10%, el enfermo sería calificado en estado grave, preagónico y agónico respectivamente.

A poco detenimiento que se ponga se alcanzará que enfermo y termómetro son distintos y, si bien el termómetro puede estar en estado “agónico”, no tiene razón de estarlo el enfermo. O lo que es lo mismo: el *producto interior bruto* puede estar en “recesión” sin que lo tenga que estar necesariamente la economía.

Luego de lo expuesto, no queda más que concluir.

## **VI. Conclusiones**

El sentido común es una estrategia de descubrimiento afín al conocimiento económico, pues permite contemplar desde una óptica realista una realidad material de precios

y cantidades, unos individuos con una racionalidad que responden al principio básico de preferir “lo más a lo menos” y, finalmente, una sociedad fundada sobre la base de intereses económicos antagónicos.

Viene dado el sentido común por un conjunto de creencias que poseen los atributos de simplicidad y universalidad, son simples y universales, y no están comprometidas con los presupuestos de validación científica. Las creencias de sentido común no son *verdaderas* ni *falsas*, forman los elementos de *una forma de pensar* en la que se integra un perspectivismo capaz de abarcar lo *nuevo* y lo *viejo* sin que quepa la idea de error, sino la de cambio a través de marcos de conocimiento diferentes.

El pensamiento económico desde la visión del sentido común viene formado por un conjunto de creencias que giran alrededor de tres esenciales: primera, la verdad existe y consistente consigo misma; segunda, cada causa es seguida de un efecto, y tercera, a cada efecto le corresponde una causa. Estas tres creencias se resumen en dos: la existencia de la verdad y el principio de causalidad.

De esta forma establecida la heurística del sentido común, no se pretende entrar en rivalidad contra otras heurísticas, pues en la medida en que cada una de ellas debe de estar presente el sentido común en cuanto principio de lo que es razonable; en el caso de que en una heurística como la del formalismo no esté presente el sentido común, no se entra en ninguna clase de conflicto, ya que la carga de la prueba reside en el propio formalismo.

Al sentido común le es consecuente el lenguaje ordinario como vehículo de representación de los hechos. La formación de conjeturas, la idea de provisionalidad en el desarrollo de las explicaciones y descripciones se produce dentro de un espectro significativo en la que tienen cabida la ambigüedad y complejidad del suceder de la realidad económica.

## Notas

<sup>1</sup> El *sentido común crítico* se establece en estas líneas: 1. El punto de partida es irrelevante: es criticable y reformable. 2. No existe ningún punto de partida verdadero y cierto. 3. Ya que no existe con esas notas, el punto de partida reside en la crítica de las experiencias personales y de las descripciones de la conducta. Lo que equivale a la crítica del subjetivismo y el objetivismo. 4. Partiendo de la premisa crítica, los juicios de sentido común se toman en su vaguedad. 5. El conocimiento es conjetural e indirecto. Los sentidos y las interpretaciones están sometidos a error. 6. El realismo como su teoría (biológica) son dos conjeturas, aunque la del realismo es superior al idealismo. 7. La teoría del conocimiento del sentido común se refuta por autocontradictoria; pero no afecta a la teoría del sentido común respecto del mundo: al realismo [Popper, pp.65 y 103-104].

<sup>2</sup> Vide [Reid, 1983].

<sup>3</sup> [Moore, pp.18 y ss.].

<sup>4</sup> Vide [Bunge, 1997].

<sup>5</sup> En cuanto pudiera llamar a confusión, en este ensayo se parte de la premisa de que la economía no es una ciencia en el sentido que lo son las ciencias físicas, por lo que resulta inviable la utilización de un lenguaje extensivo. Llamarle a la economía *ciencia social, moral* o del *espíritu*, no la hace ciencia y añade un calificativo que a lo peor no es tampoco apropiado.

<sup>6</sup> Vide [Simon, pp.517- 528].

<sup>7</sup> Alguna aclaración no resultaría ociosa: el contexto de la afirmación es el de la sociedad del siglo XVII español, debatida entre la mayor postración y miseria y cuyo único remedio cabe encontrarlo en el gasto la Corona, Iglesia y Aristocracia. Es inútil plantear soluciones productivas de largas miras cuando la pobreza impone la inmediatez del presente. Con los *Memoriales* y *Discursos*, Martínez de Mata pretende influir en el ánimo de los poderosos para que continúen gastando sus rentas en gastos de servidumbre, lujo y limosnas, ya que ejercen un efecto ampliador de la riqueza de la república en su conjunto.

<sup>8</sup> Se puede decir, con las lógicas precauciones, que el análisis de Martínez de Mata es un precedente del concepto del multiplicador keynesiano. Vide [Montalvo, p.76 y ss.].

<sup>9</sup> Es inevitable disentir respecto de la idea de que el sentido común ha presidido el desarrollo del pensamiento económico, pues ni incluso Adam Smith prodigó en su empleo, algo que contrasta con lo que es un rasgo esencial en los filósofos de la “Escuela Escocesa”. Vide [Comin, 1999].

<sup>10</sup> “Ocupé mucho espacio en la primera mitad de mi libro por el análisis y definición de renta, ahorro, inversión y otros términos parecidos. La excusa y explicación de esto se encuentra en la amplia confusión que ha rodeado a estos términos en las discusiones recientes, y a la sutilidad de los puntos implicados. Sentí que debía de intentar aclarar la materia aplicando todo mi esfuerzo” [Keynes, p.37].

<sup>11</sup> Entre el Wittgenstein del *Tractatus* y Keynes no hay relación alguna. Si acaso cabe hallar ciertos parecidos entre la *Teoría General* y las *Investigaciones* o posibles concomitancias derivadas de participar ambos de la “crisis” de la filosofía y cultura de los “treinta”. Respecto de las relaciones entre Wittgenstein y Keynes dice Skidelsky: “Sobre si [Wittgenstein] y Keynes desarrollaron cualquier entendimiento intelectual real puede ponerse en duda” [Skidelsky, p.266].

<sup>12</sup> “En el momento en el que nosotros intentamos aplicar conceptos exactos de medida a la experiencia inmediata, encontramos una peculiar vaguedad en esta experiencia. Sin embargo, eso solo significa una vaguedad relativa a estos conceptos de medida. Y, ahora, considero que esta vaguedad no es algo provisional para ser eliminada más tarde con un conocimiento más preciso, sino que es una característica peculiar lógica” [Wittgenstein, 1975, p.263].

<sup>13</sup> “[L]a producción social de bienes y servicios es un complejo no homogéneo que no puede ser medido”. [Keynes, p.38].



<sup>14</sup> Sobre los hechos económicos dice Kaldor: “Llamé a ellos ‘hechos estilizados’... porque en las ciencias sociales, a diferencia de las ciencias, es imposible establecer hechos que sean precisos y al mismo tiempo sugestivos e intrigantes en sus aplicaciones, y que no admitan ninguna excepción [Kaldor, pp.8-9].

<sup>15</sup> [Keynes, pp.74-75].

<sup>16</sup> [Keynes, p.427].

<sup>17</sup> Respecto del formalismo es ilustrativo recoger la confesión exculpatoria de uno de sus más sobresalientes artífices, Hicks: “De la formalización de los libros de texto debo aceptar alguna responsabilidad, porque IS-LM vio primero la luz en un trabajo mío (“Mr. Keynes and the Classics”, *Econometrica*, 1937). Sin embargo, he repetido continuamente que consideré no haber hecho en ese trabajo más que organizar por motivos expositivos lo que había sido la parte central de la enseñanza de Keynes. Estoy seguro de que, si no lo hubiera hecho, y hecho de esta forma, alguien lo habría hecho poco después [Hicks, p.73].

<sup>18</sup> “Los juegos de lenguaje están más bien ahí como *objetos de comparación* que deben arrojar luz sobre las condiciones de nuestro lenguaje por vía de semejanza y desemejanza... Solo podemos, pues, salir al paso de la injusticia o vaciedad de nuestras aserciones exponiendo el modelo como lo que es, como objeto de comparación -como, por así decirlo, una regla de medir; y no como prejuicio al que la realidad *tiene que* corresponder. (El dogmatismo en el que tan fácilmente caemos al filosofar) [Wittgenstein, 1988, pp.130-1].

<sup>19</sup> Entre otras razones que vendrían a explicar la proliferación del formalismo en la cultura económica deberían contar los escollos que representa desarrollar argumentos económicos significativos dentro del lenguaje ordinario. Escollos estos que se simplifican cuando los argumentos se desarrollan mediante la formulación matemática.

<sup>20</sup> El frecuente empleo de eufemismos en las explicaciones económicas tiene una doble vertiente: puede entenderse como un uso indebido del lenguaje, fruto del desconocimiento de los términos, o como un empleo intencionadamente erróneo de los términos. Cuando se dice “*el déficit exterior mejora*” en lugar de “*el déficit exterior se reduce*”, se está recurriendo a eufemismos para encubrir la intencionalidad: *reducción* no es sinónimo de mejora; la reducción del déficit es en muchas ocasiones resultado de un empeoramiento.

<sup>21</sup> [Krueger and Card, 4509].

<sup>22</sup> A este respecto *Vide* [McCloskey and Ziliak, 1996, pp.97-114]. Es de reseñar que estos autores señalaron que el 70% de los artículos publicados en la década de los 80 en *American Economic Review* no distinguían entre “significación económica” y “significación estadística”. Lo que siguió sucediendo en la década de los 90 para los artículos publicados en esta misma revista: cuatro quintas partes del total de artículos adolecía de ese mismo defecto. *Vide* [McCloskey and Ziliak, 2004, pp.527-546].

<sup>23</sup> La vaguedad de un término es determinada por lo que Black llama *Consistencia de la aplicación de un término T a un objeto x*:  $C(T,x)$ . Llamándole  $m$  al número de veces que se aplica el término y  $n$  a las que no se aplica, *la consistencia de la aplicación* se define como el límite del cociente  $m/n$  cuando el número de observaciones aumenta. Cuando se consideran numerosos objetos, cada uno con su propia medida de aplicabilidad del término  $T$ , se obtiene una curva que va desde los objetos que son reconocidos como  $T$  a los que no lo son. En la mitad de la curva, donde los valores tienen un valor próximo a la unidad se registra

un espacio de indecibilidad. La pendiente de la curva para esta parte de la curva es considerada como la medida de la vaguedad. *Vide* [Black, pp.427-455].

<sup>24</sup> [Hempel, pp.163-180].

<sup>25</sup> La medida de la vaguedad de un término dada como la pendiente de la curva de consistencia presupone la existencia de escalas métricas tanto para el eje de abscisas como el de ordenadas. Este requerimiento no puede ser satisfecho para el eje de abscisas porque los objetos son situados en un orden topológico, sin determinación numérica exacta. *Vide* [Hempel, pp.163-180].

<sup>26</sup> “El concepto de longitud es... determinado cuando se fijan las operaciones por las que se mide la longitud; esto es, el concepto de longitud no incluye nada más que el conjunto de operaciones mediante las que se determina la longitud. En general, mediante un concepto no queremos decir nada más que un conjunto de operaciones; el concepto es sinónimo de conjunto de operaciones” [Bridgman, p.5].

<sup>27</sup> *Vide* [Keynes, pp.417-418].

## **Bibliografía**

Black, A. (1937). “Vagueness: An Exercise in Logical Analysis”. *Philosophy of Science*, v.4, n°4, oct., pp.427-455.

Bridgman, P. (1927). *The Logic of Modern Physics*. Macmillan. New York.

Bunge, M. (1997). *La causalidad: el principio de causalidad en la ciencia moderna*. Sudamericana. Buenos Aires.

Comin, F. (1999). “Smith, Wicksteed, Marshall and Keynes”. *The Role of Common Sense in the History of Economics*. Cambridge University.

Hempel, C.G. (1939). “Vagueness and Logic”. *Philosophy of Science*, v. 6, n° 2, apr., pp.163-180.

Hicks, J. (1979). *Causality in Economics*. Basic Books, Inc., Publishers. New York.

Kaldor, N. (1985). *Economics without Equilibrium*. University College Cardiff Press.

Keynes, J.M. (1936). *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, Londres, MacMillan Press, edición de Moggridge, D.E. y Johnson, 1989.

Krueger, A. and Card, D. (1993). “Minimum Wages and Employment”. *National Bureau of Economics Research. Working Papers*, 4509.

- McCloskey, D. and Ziliak, S. (1996). "The Standard Error of Regressions". Journal of Economic Literature, mar. 1996, pp.97-114.
- \_\_\_\_\_(2004). "Size Matters: The Standard Error of Regressions in the American Economic Review". Journal of Socio-Economics, 33, pp.527-546.
- Montalvo, M. (1996). *Otras lecciones de economía*. Tirant lo Blanc. Valencia.
- Moore, G.E. (1972). *Defensa del sentido común y otros ensayos*, Madrid, Taurus. (Primera edición en inglés: 1925).
- Popper, K. (1972). *Objective Knowledge*. The Clarendon Press Oxford (Ed. esp. Tecnos, 1978).
- Reid, T. (1983) [1846]. *The Works of Thomas Reid*. Verlagsbuchhandlung. Hildesheim.
- Simon, H.A. (1952). "On the Definition of the Causal Relations". The Journal of Philosophy, v. XLIX, n° 16, July, pp.517-528.
- Skidelsky, R. (1992-2000). *John Maynard Keynes. Hopes Betrayed*. London, Papermac.
- Wittgenstein, L. (1975). *Philosophical Remarks*. University Chicago Press.
- \_\_\_\_\_(1953). *Investigaciones filosóficas*. Oxford, 1953. Barcelona: Crítica, 1988.